

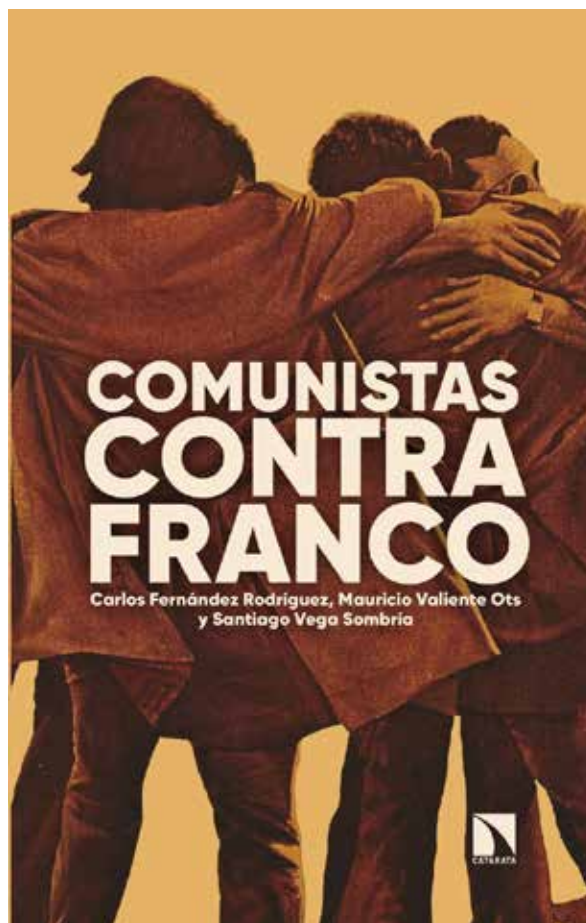
Comunistas contra Franco, de Carlos Fernández, Mauricio Valiente y Santiago Vega*

Sergio Riesco Roche
UCM

Década de 1940. En un grueso consejo de guerra del Tribunal Militar Territorial número 1, de esos miles que se conservan en el Archivo General e Histórico de Defensa en Madrid, aparece encartada una gran planilla cuadriculada. En ella, algún miembro de la Brigada Político-Social trata de tejer algo así como un organigrama, una densa red que permita a los perpetradores de la represión franquista encontrar sentido a una maraña de nombres. En ellos aparecen algunos militantes del Partido Comunista de España. Tachones, rectificaciones, nombres que se borran y se vuelven a escribir... El documento transmite la ansiedad que genera al victimario el no saber por dónde cogerlo.

Creo que este ejemplo ilustra a la perfección lo que significaba la militancia comunista en aquella época: cuando alguien caía, había otros dispuestos a tomar el relevo. De hecho, entre otras militantes, en ese consejo de guerra aparecía Manolita del Arco. Entre los y las que caían, más de uno, a sentar cátedra en la *Universidad de Burgos*, quizá el penal que mejor represente la transmisión de valores de resistencia entre los vencidos.

* Reseña de: Carlos Fernández Rodríguez; Mauricio Valiente Ots y Santiago Vega Sombria, *Comunistas contra Franco*, Madrid: Catarata, 2021, 192 pp.



En tiempos de competencia por parte de una historia líquida, embarrada entre banalidades y calumnias, el rigor científico y la difusión «a pie de calle» parecen más necesarias que nunca. Y ese parece uno de los grandes objetivos de este libro que trata de rendir homenaje en el año del centenario

del PCE a una parte que es casi el todo: la militancia.

Estructurado en seis capítulos, quizá la obra se exceda con un largo *proemio* que trata de justificar su creación. Si en el primero se trata de delimitar la cultura política que permea a la militancia, los cuatro centrales son un recorrido cronológico con los hitos históricos del partido tratando de dar voz a la militancia. El peso de los testimonios no parece depender tanto de la disponibilidad biográfica de algunos militantes, como de una búsqueda del equilibrio entre el relato y las aportaciones de los mismos. Por ello, el resultado es algo desigual.

Tomando la cuestión de la identidad como referencia, sobre todo en su capítulo inicial, el libro permite trazar una (breve) historia del partido que muestra cómo uno de los ejes axiales la solidez de la identidad. Basada en una cultura militante muy arraigada, se nos recuerda que los centros de trabajo, el barrio y la escuela fueron los principales espacios de socialización política. En todos ellos se transmitía una forma de hacer las cosas en eso que en el lenguaje de hoy llamamos actitudes cooperativas, sostenibles e igualitarias. Nada nuevo bajo el sol de los movimientos sociales, puesto que aunque cambien los medios y los marcos institucionales, los objetivos parecen no haberse modificado en profundidad.

En el capítulo 2 se lleva a cabo un repaso de los orígenes del partido hasta el final de la guerra civil. Se puede considerar el eje central de la narración la incorporación a la vida pública, muy en especial desde el congreso de 1932 y la labor de Balbontín como diputado pionero en tratar de que se oyera la voz de los comunistas en el parlamento. Si bien es cierto que se trata de una época para la que ya apenas podemos contar con testimonios directos, se echa en falta que no se analice el papel de la militancia en la guerra civil: ¿qué hacía atractivo al partido,

por qué elegirlo como forma de representación de unas inquietudes, de unos ideales, por qué fraguar un compromiso que no sólo no sería a corto plazo sino que se mantendría en el tiempo a pesar del huracán que se lo trató de llevar por delante? A nuestro juicio, no se trata de un tema baladí, puesto que más allá del significado del PCE en la guerra civil, al que se ha dedicado mucha y buena literatura historiográfica y testimonial, si el libro quiere hacer hincapié en el valor de la militancia, este tema merece mucha más atención para aquel momento tan notorio. El poder de movilización del partido en guerra fue decisivo para la creación de la identidad antifascista y resistente que pudo hacer frente a la dictadura en la manera en la que después lo llevaría a cabo.

Precisamente el capítulo 3, centrado en la dictadura, es el más extenso y de mayor importancia, puesto que da nombre al propio libro. En él se analiza con detenimiento la labor de esos *Comunistas contra Franco*. Uno de los aspectos más interesantes de la obra es la puesta en valor de ciertos elementos que conforman la mencionada cultura política y que quizá puedan pasar inadvertidos en el tamiz de la historia. Uno de ellos es, sin duda, la labor alfabetizadora que llevó a cabo el partido dentro y fuera de las cárceles. En esa línea, *Mundo Obrero*, *Reconquista de España*, *Juventud* o *Nuestra Bandera* desempeñaron una función muy relevante como forma de aprendizaje para un pueblo que tuvo que renunciar al esfuerzo educador de la II República de una manera tan violenta. Por desdramatizar un poco, es curioso ver algunos de aquellos procesos con nuestra mirada de hoy. Por ejemplo, las dificultades actuales de la enseñanza pública, tan laminada por el neoliberalismo desde el prisma de lo que significaba la educación y la alfabetización en las cárceles. Así, el libro nos recuerda el «gran modelo de cultura escrita clandestina» (p.

43) que se complementaba de forma imprescindible con una formación oral, a base de largos paseos por los patios de las cárceles o en eternas conversaciones entre los presos políticos que tanto valor le daban a la transmisión de conocimientos.

Otra perspectiva actual podría aplicarse a eso que hoy denominamos *redes sociales*: impresores, linotipistas y tipógrafos, la aristocracia de la clase obrera, debían ser protegidos para garantizar que el flujo de información de las publicaciones comunistas no se perdiera. Eso no significa que todo se hiciera desde un «asentimiento inconsciente». Hay espacio para el cuestionamiento de decisiones tomadas también por el partido en los años más duros del estalinismo.

Pero todo ello queda superado por los testimonios, en especial de mujeres que nos recuerdan la dureza de las torturas como las de la «Siberia» de los siniestros sótanos de la Dirección General de Seguridad. En una época como la actual, en los que la historiografía sería trata de entender el régimen de Franco desde la perspectiva de la «larga duración», tendemos a olvidar la constante que sirvió de amalgama a la dictadura y más allá: la de la represión y el anticomunismo.

En las palabras de Juana Doña recordando que la afiliación no conocía de «medias tintas» (p. 49); en la afirmación de Pilar Claudín de que «somos la construcción de todo nuestro atrevimiento» (p. 63) o en la de Vicenta Camacho —sin autocomplacencia— «somos los que más hemos expuesto y los que menos hemos recibido» encontramos varios de los momentos estelares del libro. Y lo son no sólo porque conmuevan, sino porque parecen darle la vuelta al objetivo del libro. Me explico: el hecho de dar voz a la militancia hace aún más necesario explicar a los neófitos y no iniciados, a las nuevas generaciones, la relevancia histórica de la resistencia y la lucha contra el franquismo.

Sin duda el capítulo 4, centrado en la (re)conquista de la democracia y los derechos sociales resulta un acierto desde el punto de vista cronológico. En lugar de hacer un corte entre los años de dictadura, la transición y el regreso de la democracia, este apartado toma como referencia la década de 1950 y en especial la contribución a la política de reconciliación nacional desde junio de 1956. En todo este periplo tiene gran importancia el dinámico tándem que componen la referencialidad del partido para el militante *versus* la inadaptación social en el seno del régimen franquista. En ese contexto cobran de nuevo relieve el papel de las mujeres, narrado de forma integrada en el texto y no con la condición de excepcionalidad, como entendemos que se debe llevar a cabo. La figura de María Luisa Suárez Roldán, formada en el espíritu de la Institución Libre de Enseñanza como su predecesora en las luchas jurídicas —la inolvidable Matilde Landa— sirve de hilo conductor para reforzar figuras olvidadas por lo trascendente de los debates estratégicos que la nueva sociedad española de la década de 1960 exigía. El *Movimiento Democrático de Mujeres* o *Nosotras*, la prensa comunista en femenino, ilustran de nuevo esa forma de vehicular la formación y la acción de la militancia de base.

A pesar del esfuerzo de los autores en abordar los momentos clave de la evolución del partido entre 1956 y 1977, parece faltar espacio para combinar de una forma más eficiente la explicación de las decisiones tácticas tomadas por el partido y su aceptación o rechazo por parte de esa militancia. Ahí se seleccionan testimonios de mayor calado teórico —aunque las opiniones de Berzosa aparecen repetidas en dos lugares diferentes del libro— como los muy auto-críticos de Salvador Jové, quien afirma que se arrastraban en la Transición demasiados debates sin cerrar (p. 143). Coincidiendo

con la idea, habrían sido de agradecer más testimonios no para que justificaran unas y otras actitudes, sino para entender más a fondo cómo se vivieron aquellos debates.

El capítulo 5 afronta la «reconstrucción y reinención» del partido. Resulta muy interesante cómo la militancia focaliza el debate en la sectorialización y en la territorialización resultantes de la consolidación de la democracia como una de las causas de la crisis de identidad y de afiliación. El tema de la disolución de las siglas durante la creación de Izquierda Unida, espinoso donde los haya, nos deja un poco con la sensación de que quizá se pudieran explicar más y mejor los dilemas a los que se enfrentó el partido. Esto no obsta para que se recuerde la notable presencia en los movimientos sociales que en torno a temas como la insumisión, el feminismo, el colectivo lgtbi o la memoria histórica, rodeadas de ese activismo que impregna una larga tradición de cultura política.

En un pequeño epílogo donde se pone de nuevo en valor la importancia de las ideas, no se nos dice si la obra tiene o no vocación de continuidad. El conjunto del libro cumple su función de homenajear a los militantes, pero se queda algo limitado por la falta de un proyecto de testimonios a largo plazo o incluso algo más ambicioso como

un «banco de memorias». A lo largo de la obra, el vector de doble sentido entre militancia y dirección queda más bien difuso. Por supuesto es complicado en un esfuerzo de síntesis, pero algunos ejemplos de armonías y desarreglos dejan con ganas de mucho más.

Comunistas contra Franco, un título necesario pero que no incluye el largo recorrido que se hace en la obra, nos recuerda algo: ante mensajes de maquillaje por parte del fascismo, sustanciados en la capacidad de adaptación del régimen de Franco a los diferentes tiempos para asegurar su supervivencia, conviene recordar con vehemencia el significado de actitudes constantes, de larga duración, como la de los comunistas. Coincidimos plenamente con los autores con que el más «pernicioso efecto» de la desmovilización en la transición fue «oscurecer una experiencia militante muy amplia» (p. 145). Sin duda, el mantener presente su memoria es toda una responsabilidad si queremos ganar el relato amenazante de quienes utilizan el adjetivo «comunista» como insulto. Este libro, sin duda, va en la buena dirección, pero ojalá tenga continuidad en posteriores obras o en una sistematización de la recogida de testimonios de una militancia imprescindible.